

HERICKSON, A. F.

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



PROPAGANDA

La
señorita
Lucifer

por
Mary Astor
D. Armstrong
Roy D'Arcy

50 cts.

Rosa Pasual

[Signature]



LA SENORITA LUCIFER
(WOODMAN FROM HELL, 1929)

BIBLIOTECA

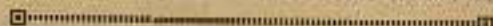
Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARCO BISTAINH

Paseo de la Paz, 19 bis - BARCELONA - Teléf. 15561



La señorita Lucifer

Producción dramática

Interpretada por

MARY ASTOR, ROBERT ARMSTRONG,

ROY D'ARCY, etc.



Es una producción **FOX**

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 260

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura



La señorita Lucifer

Argumento de la película

El Faro de la Esperanza estaba situado a cinco millas de la costa. De día mostraba su torre fina, redonda, aislada en medio del mar. Por la noche giraba su foco de luz como un aspa rutilante.

Al cuidado del faro estaban los Coskley, padre e hijo. El primero tenía más de sesenta años y había pasado su vida entre los distintos faros de la costa, hasta llegar a uno situado frente a la ciudad, como un ascenso de categoría. Sin embargo, maldito lo que le importaba a él la capital que formaba una lejana masa blanca durante el día y que por la noche se iluminaba como una fantástica procesión.

Jaine Coskley era el hijo del torrero. Adoraba también su profesión y pensaba con el tiempo

po substituir a su padre. Era su auxiliar y su buen compañero en aquellas horas solitarias, no alegradas por nadie.

La madre de Jaime había muerto muchos años antes, y aquellos dos hombres, aparte de las faenas de su oficio, tenían que realizar todas las cosas domésticas desde la cocina a la limpieza de su habitación.

Muy de tarde en tarde, Jaime subía a su bote y ponía rumbo a la ciudad. Se sentía fascinado por las luces de "La Playa de la Alegría", un concurrido lugar de veraneo.

Y pasaba largas horas en la playa y al regresar ocultaba a su padre la tristeza que le producía la vida plácida del faro, sin novedad ninguna, callada e invariable.

Cierta noche preparó su lancha y dijo a su padre con el temor del que cree va a ser reñido:

—Pensé ir a tierra esta noche, padre... Si tú quisieras cuidarte de la luz...

El viejo le contempló con atención mientras daba chupadas a su vieja y carcomida pipa.

—Es la tercera vez en la semana que vas a tierra... ¿Se trata de cuestión de faldas?—preguntó, malhumorado.

—No... no...

—Si fuera así, vete con cuidado. De la mujer han venido todos los males.

Sonrió Jaime, saltó a su bote y en poco tiempo salvó la distancia que le separaba de "La Playa de la Alegría" muy animada durante aquellos meses de vacaciones, iluminada por los puestos de feria y atracciones diversas que se extendían por el paseo marítimo, orlado de palmeras.

Jaime fue recorriendo el paseo, entre grupos que henchidos de la alegría del vivir cantaban y alborotaban sin medida.

Fue leyendo los distintos carteles que con letras luminosas campeaban a la entrada de los pabellones: "Tiro al blanco"... "Cuadros Vivientes de las Famosas Cortesanas de la Historia". "La rueda mágica".

Acercóse luego a un numeroso grupo que se apretaba ante la entrada de un edificio que simulaba la boca de un infierno.

Un hombre, seguramente el empresario, hacía la propaganda de aquella atracción.

Jaime leyó un cartel que en letras rojas decía:

*Alcance a la mujer del Infierno
y le dará un beso*

Sonriente, impulsado por viva curiosidad, escuchaba las palabras del que pregonaba el espectáculo.

—¡Acérquense señores! ¡La Mujer del Infierno, la Señorita Lucifer, se presentará en seguida!



...ella no tardó en presentarse.

Y ella no tardó en presentarse, y Jaime volvió a quedar deslumbrado ante aquella aparición, como las otras veces que la había visto.

Era una mujer alta, fina, armoniosa que vestía traje de diablo, un brillante traje de artificio

teatral. Su sonrisa más que de diablesa, era de ángel; sus ojos no tenían ninguna mirada de lascivia sino que eran por lo contrario de una delicada pureza.

El empresario repetía con tono monótono:

—Vámonos, señores... Tomen entrada... y persigan a la novia del Diablo. Si logran alcanzarla, recibirán un beso de ella.

Ante aquella agradable perspectiva, la concurrencia se apresuró a ir a la taquilla y a penetrar por aquellos vericuetos infernales, iluminados por una luz roja que es el color del Averno.

Jaime se sintió deslumbrado ante la contemplación de la soberana mujer, pero la soledad en que había vivido siempre, le había hecho tímido y apocado, y sin atreverse a tomar la entrada, continuó su camino, parándose ante las diversas atracciones y regresando finalmente a su Faro de la Esperanza.

Pero a la otra noche, a pesar de las protestas de su rudo padre, volvió a la playa de moda. De aquella vez no pasaba. Entraría en aquel infierno haciendo todo lo posible para alcanzar a la bella diablesa y recibir de sus labios divinos la caricia suave de un beso.

Volvió a reñirle su padre por aquellas repetidas ausencias que le parecía iban a acabar mal.

¿No andaría el diablo en forma de mujer por allá?

Mientras tanto, antes de comenzar su función nocturna, Mary, la artista vestida de diablesa, contemplaba el mar desde una de las terrazas del pabellón y aquella aspa giratoria de luz que cada medio minuto llenaba de brillantes reflejos su dormitorio, situado en la parte alta del edificio.

Mary era hija de unos artistas de circo y al quedar huérfana siguió la misma profesión de sus padres. Pero su alma parecía protestar contra aquella vida soñando en algo mucho mejor.

Tenía veinte años y no había amado aún nunca. El hombre que lograra adueñarse de su corazón, lo encontraría intacto y puro.

Alfredo, el empresario, se mostraba muy amable con ella. Su actuación era una fuente de ingresos y convenía sostenerla a todo trance.

No había intentado nunca hacerle la corte, comprendiendo que era perder el tiempo ante una mujer que tenía por escudo la virtud. En vez de disgustarla, con sus galanterías, era preferible mostrarse nada más que un buen amigo, sin otra clase de pretensiones.

Acercóse Alfredo a la muchacha y la vió abstraída mirando la luz del faro que a breves intervalos aparecía con su manga de oro.

—¿A qué viene tanto mirar el faro?—le dijo, sonriente—. ¿Tienes algún novio allí?

—No... nada de eso... Pero soñaba... Supongo que mientras más lejos están las luces, mayor fascinación ejercen.

—De verdad que no entiendo lo que hablas...

—No trates de profundizar la idea, Alfredo, tú no llegarías a comprender...

—Lo que me parece es que eres demasiado romántica.

—Tal vez.

—Deja tus romanticismos... La realidad no admite demoras. Hay que ir al infierno...

Ella sonrió, resignada. ¡Ah! ¡Qué repulsión sentía al tener que besar en las mejillas a los visitantes del infierno que lograban alcanzarla! Menos mal que casi nadie conseguía su propósito, pues ella era lista como una ardilla para saber huir entre el complicado laberinto de aquel subterráneo infernal.

Se presentó con su misma dulce sonrisa, y la muchedumbre se apresó a adquirir sus billetes con la alegría de poder probar fortuna...

Jaime volvía a encontrarse entre los grupos, contemplando fascinado a la diablesa. Pero su cordedad, su apocamiento fueron tan grandes que tampoco esta vez quiso tomar billete.

La taquillera, al ver que quedaba solo ante la puerta sin entrar, le dijo en son de reproche:

—¡Oye, muchacho! Te has pasado la semana mirado a "La Señorita Lucifer"... ¿Por qué no compras una entrada?

—Es verdad... Bueno... deme un billete... ¿Cuánto cuesta?

—Cincuenta céntimos.

—Tome...

Y aturldido penetró en la boca del infierno y comenzó a deambular por el laberinto de corredores que se extendía por todos lados.

Iba de sorpresa en sorpresa. El verdadero infierno debería ser poco más o menos una cosa así. De vez en cuando había figuras representando demonios que expelían un palmo de fuego por la lengua.

¿En dónde estaría la deliciosa diablesa? Aquello era tan grande que ella y sus perseguidores habían desaparecido en aquel mundo interior.

Pero de pronto, al volver un recodo de aquellos pasillos iluminados por luz rojiza, vió a la mujer del infierno, con un caballero que acababa de darle alcance.

Ella se echó a reír y de acuerdo con las condiciones acercó sus labios al rostro del caballero para darle el premio convenido. Pero el afortunado

no se contentaba con aquella aproximación y quería algo más; así es que abarcando con sus brazos el cuerpo de Mary la atrajo hacia sí y comenzó a besarla atrevidamente en los labios, en el cuello...

Mary le rechazó con energía pegándole un soberbio bofetón...

Jaime corrió hacia allá en defensa de la mujer ultrajada, y propinó al tenario tal racha de puñetazos, que no quedarían a éste ganas en toda su vida de propasarse con ninguna mujer.

El averiado conquistador se alejó de allí, enfurecido y quejándose amargamente, mientras Mary contemplaba con profunda emoción al joven que la había defendido.

—Es algo inesperado encontrar una persona decente aquí—le dijo.

—No tiene importancia lo que he hecho.

—Sí, la tiene... Pero... salgamos a respirar un poco el aire puro. Estoy segura de que ya nadie puede cogerme.

Por nuevos corredores, ella y Jaime salieron al exterior, hacia una terraza. El respetable público volvía a salir por la boca del infierno, defraudado por no haber logrado encontrar a la hermosa señorita Lucifer.

Mary contempló con vivo interés al mucha-

cho, descubriendo en su gorra la insignia del Faro de la Esperanza. No le cupo la menor duda de que aquel muchacho era el encargado de la delicada luz que tanto hacía soñar su corazón con



El averiado conquistador se alejó de allí...

anhelos desconocidos, imposibles.

—¿Es usted torrero, ¿no?

—Sí, señorita—contestó, contemplándola con devoción—. Soy del Faro de la Esperanza.

Y le señaló la luz que seguía proyectando sus haces sobre el mar, bañándolo de tibios reflejos.

—¿De modo que usted es la persona que no me deja dormir con ese dichoso faro?

—Sí, claro que la desvele... pero esa luz es, en cambio, el tranquilo sueño de los navegantes.

—Bien lo sé...

Sus ojos examinaron desde la terraza la negra extensión del mar que de vez en cuando quedaba salpicado por el resplandor de la luz giratoria.

—Debe ser maravilloso estar allí... lejos de toda esta inmundicia y este barullo—continuó diciendo Mary con los ojos extáticos y fijos en la lejanía.

—Me gustaba... hasta hace poco... pero... pero...

Y no sabía cómo expresar que desde que conocía a aquella mujer, su existencia actual le producía pesadumbre.

La joven volvió a mirar aquella luz que parecía un ojo que se abriera y cerrara constantemente y luego dijo, poseída de un indefinible malestar:

—Me pasa algo... no estoy bien... debe ser que me siento tan sola...

—Todo depende de nuestro modo de pensar... Yo en cambio me siento solo en medio de la muchedumbre.

El muchacho se animaba; la compañía de

aquella mujer, la momentánea soledad que les rodeaba, todo contribuía a hacer emocionante aquella hora.

—Yo, señorita... quisiera decirle algo...

—Hable usted...

—Yo... yo he estado soñando... durante una semana desde que la vi... deseando que estuviese usted allá... en el faro... conmigo.

—Pero...

Le miró sorprendida, escuchando su tierna e ingenua declaración.

—Quiero decir...—agregó él, sonriente, con los ojos bajos, admirado de su propia audacia—quiero decir... que me casaría con usted.

Nunca había tratado Mary con un hombre de espíritu tan llano, tan sencillo, de tanta ingenuidad, que parecía ruborizarse de sus propias palabras.

—Amigo mío, usted debe ser o muy joven o sentirse muy solo.

—Tengo veinte años. Y no tengo otra compañía que mi viejo padre. Por eso he soñado en que usted fuera mi mujer.

—¡Pobre amigo mío!... Temo que en ese sueño suyo, yo estaría de más. Y no me parece bien desvanecer sus ilusiones... ni aun para iniciar yo una vida nueva.

—Pero usted está fuera de lugar en este sitio—dijo animándola—. Lo comprendí desde el primer instante en que la vi...

—Es verdad...

—Sé que podría hacer su felicidad—exclamaba el muchacho, emocionado—. ¡Déjeme probarse!... Viviríamos los dos juntos, lejos del mundo... sin otra alegría que la de nuestro propio cariño... Y allá en el faro, rodeados de todas partes del mar... estaría usted como una princesa en su castilla.

Aquellas palabras trastornaban realmente la imaginación y el alma de Mary. La idea de una vida nueva, de una existencia más alegre, más llena de emociones espirituales, le atormentaba... Estaba convencida de que aquel muchacho amaba por primera vez y haría todo lo posible para tratarla como una reina.

—¿No me contesta?—decía él con profundo temor.

—Estoy pensando en su felicidad... no en la mía... Deme un poco de tiempo.

—Entonces, hasta mañana por la mañana... Estaré esperando.

Estrechó la mano de aquel ángel que por error vestía ropas infernales y marchó al puerto y saltó a su bote con deslumbrante alegría, rum-

bo hacía el Faro, con la confianza absoluta de que aquella mujer iba a aceptar su amor.

Al día siguiente, Mary tomó su definitiva resolución. Sí, se marcharía. La luz del faro parecía haberla estado llamando todas las noches y ella no se negaría ahora a ir.

Para su alma romántica, la vida en aquella torre era la ilusión, era sentirse dueña de un pedazo de tierra en pleno mar, aislada de la mayoría del mundo y arrullada por la doble canción del amor y de las alas.

Y luego, el torrero era tan simpático... ¡tan encantador! Le parecía que iba a quererlo mucho.

Estaba decidida a casarse con él.

Preparó febrilmente su equipaje y en tal operación la sorprendió el empresario Alfredo.

—¿Qué es eso? ¿Te vas?

—Sí...

—Lo sospeché... Anoche creí ver en tus ojos el deseo de ausentarte de aquí.

—Alfredo—repuso al cabo de unos momentos de silencio—, tú has tratado de ser un buen compañero... y yo nada tengo que recriminarte... Pero ha sucedido algo... y me marcho.

—Mira que tú tienes unas cosas... Dejarme plantado así... ¿Y a dónde vas, si puede saberse?



—Anoche creí ver en tus ojos el deseo de ausentarte de aquí.

—Voy a casarme.

Sonrió un poco celoso...

—¿Y quién es la víctima?

—No recuerdo su nombre, pero es el torrero.

—¿El torrero de la Esperanza? No seas tonta, mujer... En esa roca te volverás loca.

—Todo lo contrario. Será para mí el refugio de mis ansias de soledad.

—Y yo te digo que no... Tú no estás acostumbrada a una vida tan horrible... Ya verás como regresarás.

—Sola, no... Acaso venga alguna vez con mi marido.

—¿Qué capricho el de casarte, Mary! Tal vez te arrepientas de ese paso poco meditado.

—No lo creas... No lograrás convencerme... Voy a vivir como en un barco, siempre en el mar.

—Peor para ti.

Poco después llegaba Jaime...

Alfredo le miró burlón... ¡Valiente estúpido! ¡Se iba a llevar una de las cosas más bonitas de la tierra!

—¿Qué? ¿Estás preparada?—dijo Jaime.

—Sí—contestó ella con ilusión—. Comprendo que me vas a hacer feliz, y escucho tu llamada.

—Mi vida entera daría para que sonrieses siempre... Ahora vayamos a la iglesia a que nos casen.

—Sí... sí...

Y los dos enamorados que vivían en un sueño romántico se alejaron del brazo mientras Alfredo sonreía con profundo desdén.

¡Criaturas! ¡Necios! ¿Era posible que en pocas horas hubiese nacido en aquellos dos corazones tan profundo amor?

¿No era más bien un capricho, una locura?

Mary y Jaime fueron a casa del pastor... y como llevaban en orden los papeles, se casaron.

Y al sentirse bendecidos por el cura, sus almas experimentaron una nueva ocasión de júbilo... Aquella criatura femenina tomó ante Jaime caracteres de diosa... y Mary pensó que aquel muchacho fino e ingenuo era el verdaderamente elegido por su corazón, el que le iba a dar la seguridad de una vida de hogar que ella nunca había conocido.

Subieron al bote y se dirigieron a la torre que se erguía como un centinela en las avanzadas del mar.

A medida que se alejaban de la playa, mayor era el contento de los dos enamorados.

Mary, que no había sido propietaria de nada, se consideraba ahora la dueña de aquel mar desierto donde su marido era como un titán.

Al llegar al faro vieron de pie sobre unas rocas a un viejo de cabello blanco.

—Es mi padre—explicó Jaime—. Desde hace siete años está incómodo porque no pueda tener un caballo aquí.

—¡Cuánto voy a quererle!; Verás lo buena que seré para él!

Desembarcaron poseídos de profunda alegría.

El padre había vuelto a entrar en la torre y al ver a Jaime acompañado de una mujer, quedó contemplando a los dos con una fijeza agresiva.

Jaime, bondadoso, exclamó señalando a la linda Mary que sonreía con gentileza:

—Padre, tengo una sorpresa para ti... ¡Esta es mi mujer!

—¿Tu mujer? ¡La había estado temiendo! ¡Valiente lugar éste para crear una familia!—exclamó con el profundo mal humor del viejo que cree turbada su dulce soledad.

—Esto es la vida, padre.

Mary adelantóse hacia su suegro y le besó...

El malcarado viejo rechazó bruscamente aquel cuerpo de nive y seda y le dijo:

—Cuelga todos tus chirimbolos de una sola puerta... y de aquí en adelante cuidado con decir malas palabras.

—Nunca las dije, señor...

—Por si acaso.

El viejo torrero miró luego a su hijo y le dijo:

—Aunque sea tu noche de bodas, te toca el turno de cuidar el faro, y además tienes que arreglar la luz. De modo que no pierdas tiempo, que ya tengo deseos descansar.

El padre se metió en su cuarto mientras Jaime acariciaba a su esposa y subía con ella la escalera de caracol que conducía a lo alto de la torre donde giraba la gran luz guía de los navegantes.

Mary, la antigua artista, parecía algo asustada por el frío recibimiento del suegro, pero olvidaba aquella brusquedad al sentirse acariciada por las manos honradas de su esposo.

Quería a ese hombre tan ingenuo, tan bueno... Le parecía que su vida iba a ser feliz en este mundo de aislamiento, soledad...

Contempló de cerca el prodigio luminoso del faro, vió cómo en matemática exactitud giraba lanzando sobre el mar su brazo de resplandor.

Su marido examinó el mecanismo del faro, cuidando de que todo estuviera en su punto. Luego miró dulcemente a su mujer y llenándola de trémulos besos, la dijo:

—Mary de mi alma... siempre te querré...

—Y yo te amo.

La mano de él señaló una línea lejana de luces que se extendía frente a ellos; las luces de la ciudad.

—Alma mía—le dijo—, ojalá que jamás eches de menos esas luces ni a nadie de allí.

—No tengas cuidado, Jaime—le repuso con firme seguridad—. Las antiguas luces se apagaron, y una nueva... más hermosa y más brillante... guía ahora mi destino...

Y la luz móvil del faro veló aquella primera noche de amor...

Pasaron días, semanas... La existencia se deslizaba con una monotonía de gota de agua. Siempre igual, siempre...

El mismo panorama, la misma luz nocturna, el eterno rumor más o menos intenso según el estado del mar.

Y, sin embargo, Mary era feliz.

Tal vez por contraste con la anterior existencia, tan agitada y bulliciosa, encontraba en este faro un refugio encantador, como un convento donde olvidar las melancolías del mundo.

Jaime la observaba con atención, cuidadoso de



...Mary era feliz.

ver siempre reflejada la misma luz de alegría en aquellos ojos amados.

La torre estaba limpia como una patena. Mary aprendía a que todo estuviese reluciente y pulido.

Cierto día comenzó a limpiar con vivísimo interés la vieja pipa de su suegro.

Le sorprendió éste en aquel verdadero sacrilegio y se puso a gritar como un endemoniado.

—¡Válgame San Apapucio! ¿Qué crees que es ésto, una hota?

—Le daba brillo.

—¡Ignorante! ¿Cómo voy ahora a chupar?

Gritaba tanto, que Jaime, que se hallaba en la torre, bajó a ver lo que sucedía.

—¡Tu mujer que estaba limpiando mi pipa con betún! ¡Suerte que llevo puesta la dentadura postiza!

—Vaya, papá, .. No te disgustes... Ella lo hizo con buena intención.

El viejo fué a sentarse a un rincón de la estancia refunfuñando y contemplando su pipa, la antigua compañera a la que habían querido dar un extemporáneo brillo juvenil.

Mary salió de la casa sintiéndose a una de las grandes rocas que parecían sostener el edificio.

Jaime se acercó a ella, y contento de ver siempre relucir en aquellos ojos la llama de la alegría, le dijo:

—¡Llevamos un mes justo de casados!

—¡Sí, Jaime, ya lo sé!

—Debemos ir a tierra a celebrar el acontecimiento... ¿No te parece?

—Como tú quieras, Jaime... Me da lo mismo. Lo que tú digas, bien hecho está.

Y aquella tarde botaron la lancha y se dirigieron a la playa palpitante de animación, de vida intensa, con sus barracas, con sus puestos de feria, con su afán excitante de vivir.

Jaime sonreía al ver todo aquello.

Todo le recordaba que había sido allá donde encontró a la mujer amada, a la que había dado a su vida el sentido amplio de la dicha.

Ella, en cambio, no demostraba gran contento.

—Este lugar me da náuseas—decía—. ¡Cuánto me alegro de haberme marchado de él!

En uno de los puestos compraron algo para el padre de Jaime.

Pasaron de prisa ante la atracción infernal donde ahora otra mujer sustituía a Mary en su papel de diablesa.

No les interesó ver aquello, y Mary volvió atemorizada la cabeza, desiosa de olvidar todo aquel pasado.

Se pararon luego ante otro puesto de feria; un tiro al blanco donde se ganaba un pato vivo si se tocaba el punto de la diana.

El comerciante decía sonriendo:

—Dé en el blanco y gane un pato vivito... ¡jus-

tamente a tiempo para la temporada de la lluvia.

Quisieron probar fortuna. Ella disparó sin conseguir hacer blanco. Pero luego Jaime con buena puntería puso el balín en el sitio adecuado, ganándose un pato, alborotado y gracioso.



...disparó sin conseguir hacer blanco.

Mientras el joven matrimonio reía comentando su buena suerte, el pato agitó las alas y se deslizó socarronamente de los brazos de Jaime, emprendiendo rápida huida.

Jaime corrió tras él iniciándose una grotesca

persecución entre el pato que parecía un ladrón fugitivo y Jaime empeñado en detenerle.

Sonriente, Mary permanecía junto al puesto de feria viendo a lo lejos los esfuerzos de su esposo para dar caza al animal.

Uno de los feriantes reconoció de pronto a Mary como la antigua diablesa del establecimiento de Alfredo.

Sorprendido de verla allí, corrió a advertir a Alfredo, que estaba en un café conriguo jugando a las cartas.

—Ella está de regreso—dijo.

—¿De veras?

Salió como un cohete hacia la calle. Y tuvo la satisfacción de ver confirmadas aquellas palabras, pues Mary estaba allí cerca, más hermosa que nunca, como si el amor la hubiese acabada de embellecer.

Acercóse a ella y le manifestó a boca de jarro:

—Mary... ya sabía yo que habías de regresar... Todo lo tengo preparado para marchar a la Habana... He pensado un nuevo número para ti.

Ella le contempló con espanto, sintiendo cierta repulsión hacia aquel hombre. ¿Cómo se había atrevido?...

Pero señalando con firmeza a Jaime que allá lejos acababa de detener el pato, exclamó:

—No hay la menor esperanza, Alfredo... Soy la estrella de la mujer producción del mundo!..



—*Parece imposible que hayas olvidado tu verdadera vida.*

y cuando me casé con Jaime... fué para siempre.

—¿Tanto le quieres?—le dijo, rabioso, mientras los celos surgían brutales en su corazón.

—No puedes darte cuenta.

—Buena... pero no dejes de pensar en el viaje —dijo con cierta insolencia—. Me marcho la semana que viene.

—¡Que te vaya bien!

—¡Ah! Parece imposible que hayas olvidado tu verdadera vida. ¡Qué afortunados son algunos hombres!... Y enamorate tú de un tipo cachazudo como ése... que ni el pato podía alcanzar. ¡Puah!

Se marchó haciendo gestos despectivos a tiempo que Jaime llegaba hasta ella.

Una profunda líidez le cubría las mejillas. Acababa de ver a su esposa hablando con aquel empresario odioso, con el hombre que la había explotado antaño.

Sufrió un dolor intenso como si se sintiera moralmente traicionado.

Miró a su esposa y vió luego a lo lejos a Alfredo que sonreía de modo socarrón.

¡El antipático! ¡De buena gana le hubiera dado un castigo!

Sin decir una sola palabra a su mujer, le entregó el pato y emprendió de nuevo el camino del puerto, mientras Mary, extrañada por aquel silencio, le contemplaba con ternura.

—Jaime—le dijo ella de pronto—, yo no te he

dado motivo para estar celoso, ni te lo daré en la vida.

—Entonces, ¿por qué hablabas con aquel hombre?



—...¡soy un estúpido! ¡Enfadarme con mi mujercita!

—No hacía más que decirle a Alfredo lo feliz que me siento a tu lado.

—Te miraba de una manera...

—No seas tonto... ¿Qué me importa aquel hombre? A ti es a quien quiero, bien lo sabes.

—Mary... ¡soy un estúpido! ¡Enfadarme con mi mujercita...

Y de nuevo en la lancha, a medida que se alejaban del puerto, se abrazaron y sellaron con besos aquel amor que parecía tener que mantenerse siempre a flote como aquel faro que resistía todos los embates de la tempestad...

Rieron, volcaron sus almas en un inmenso anhelo de amar...

Hablaron del pato, y Jaime, ya completamente tranquilo, dijo:

—Llamaremos Reginaldo a este pato... y lo presentaremos a papá... Los dos hablan el mismo idioma.

Desembarcaron. Cuando el viejo torrero vió al animal enfurruñado todavía más su rostro de abuelo agresivo.

¡Sólo faltaba allí aquel pato! Y vió disgustado como Mary ponía a la bestia en una improvisada jaula...

—¡Vaya, no te enfades, padre!—dijo la joven—. Te he traído un regalo que te va a gustar mucho.

Y con profunda ilusión, ella deshizo un paquete y mostró al viejo una bella pipa que habían comprado en una de las tiendas de la feria.

—Como estropecé sin querer la tuya, creo que ésta la sustituiré con ventaja—dijo.

El abuelo contempló la pipa nuevecita y labrada que valía bastante dinero y repuso, desagrado:—

—No creas que me haces ningún favor... Voy a necesitar veinte años para hacerla tornar sabor...

Mary no respondió. Pero sintiendo una profunda y repentina tristeza en el alma ante aquella ingratitud, se dirigió a su cuarto a llorar su profunda pena.

A la tarde siguiente, Jaime dijo alegremente a su padre:

—Me voy con mi mujer a la boya... Ten la cena preparada para cuando regresemos.

Estuvieron más de dos horas ausentes gozando del espectáculo encantador del mar, tan azul, tan resplandeciente como si surgiese una luz de su interior.

Cuando regresaron encontraron al viejo con aje satisfecho y feliz.

La mesa estaba ya puesta...

Se esparció de la cercana cocina un buen olor a guisado sabroso.



—...tengo una gran sorpresa para vosotros...

Se sentaron a la mesa rebozantes de apetito.

—Padre, ¿es día de fiesta?—dijo Jaime, sonriente.

—No—contestó el maligno viejo—, pero tengo una gran sorpresa para vosotros... hay un amigo invitado.

—¿Un amigo? ¿Aquí? ¡A ver... a ver!...

—Ahora lo traigo.

Y fué a la cocina y regresó con una gran cazuela tapada. Mirádoles con viva complacencia, destapó la fuente y todos pudieron ver reposando en un mar de salsa un pato asado.

Centellearon los ojos de Mary, adivinando la verdad, mientras el padre partía el ave sabrosa.

Jaime miró a su padre con ojos de reproche... Pareció comprender. ¿Por qué había hecho aquello?

—¿Es... Reginaldo?—preguntó Mary, tristemente.

—Eso.

Echóse a llorar y levantóse de la mesa.

—¿Mataste al pato simplemente porque era un animalito que yo quería?—no pudo menos de protestar Mary.

—¡Je... je!... Me molestaba... No quiero animales de la tierra.

—No olvidaré lo que has hecho...

Y salió del comedor con una expresión de profundo disgusto y de abatimiento.

Jaime levantóse, disgustado a su vez, ante aquella lucha de caracteres entre las dos personas que vivían en su corazón: su mujer y su padre.

Adoraba mucho a su esposa... pero a su padre le profesaba la ternura de un buen hijo que disimula no ver los defectos del autor de sus días.

Sin decirle nada al viejo, que se engullía tranquilamente al pobre Reginaldo, fué a reunirse



—Mataste al pato simplemente porque era un animalito que yo quería.

con su esposa que se había sentado en una de las rocas cercanas a la puerta.

—Mary—le dijo—, no debes hablarle así a papá, alma mía... Es un anciano... debemos tolerarle.

—Me quiere mal, lo conozco.

—No lo creas... Su carácter es brusco... pero en el fondo te quiere.

—Ya se ve... Desde que vine aquí, no hace otra cosa que disgustarme, que echarme puyas, que hablar de intrusos... y de molestos huéspedes... ¿Qué desgracia, Dios mío!

—¡Cálmate, cálmate!... Debes disimular... Los viejos son como los niños... Hay que ser bondadoso con ellos... Vaya, vuelve al comedor, amor mío; el fero es un lugar demasiado pequeño para reñir.

—Yo no provocho las peleas.

—Olvida lo de hoy... Y hasta te compraré un pato nuevo.

—No es eso—replicó—, es que tu padre no me puede ver... Me odia por haberme casado contigo... y hasta yo misma me odio por el mismo motivo—exclamó en un arranque de desesperación.

—¡Mary!

—A veces pienso que fui una tonta en venir aquí... ¡Siempre la indiferencia o el odio de tu padre!

De repente, volvieron los celos a llamar al corazón de Jaime. La miró airado y dijo:

—Entonces... ¿te agradecería regresar a ver a tu amigo Alfredo?

—Quizás, sí...—contestó, despechada—al menos... era... bondadoso... al menos con él nunca tenía que llorar.

El semblante de Jaime se descompuso. Atribuyó aquellas palabras a desamor, le pareció que Mary estaba cansada de él y de aquella vida de soledad. Recordó cómo el día anterior Alfredo se había acercado a ella. Y exclamó, decidido, a tiempo que marchaba hacia su barca:

—Me voy a tierra ahora mismo, para arreglar este asunto de Alfredo de modo definitivo.

—Pero, ¿a qué vas? ¡Jaime, por Dios!... ¡Si ese hombre nada tiene que ver conmigo!...

—Tú has dicho que te agradecería estar con él... veremos si esto es posible.

Y sin atender a razones, puso en marcha el bote que comenzó a alejarse.

—¡Jaime... Jaime... no vayas!—decía ella, de pie sobre una roca y con la desesperación que produce la injusticia—. ¡No vayas!... ¡Te prometo... que lo dije sin querer!... ¡Es a ti a quien quiero... sólo a ti!...

Pero él ya no la oía.

Iba rápido, firme como una flecha, hacia la venganza.

Anochece. El mar, antes tan manso y tranquilo, presentaba un aspecto alborotado. Las olas saltaban por los peñascos y rocas como caricias de zarpa.

Tuvo Mary que meterse dentro, comprendiendo que Jaime no podía ya oírla.

¡Dios mío! ¡Con tal de que no ocurriera allí en la tierra firme alguna gran desgracia!

¡Por qué pronunció aquellas palabras imprudentes? ¡Oh, si pudiera recogerlas de nuevo y meterlas adentro, muy adentro, y en el fondo de su alma triturarlas y hacerlas desaparecer para siempre!

Entró en el comedor.

El viejo había dado buena cuenta del pobre Reginaldo.

Levantóse y Mary observó que se tambaleaba.
¡Había bebido demasiado!

¡Aquel hombre había bebido demasiado!

—¿Dónde está Jaime?—preguntó el viejo.

—Marchó...

—Vergüenza debería darte... dejar ir a Jaime... en una noche como ésta.

—Se fué contra mi voluntad.

Iba a decir y "por tu culpa", pero se contuvo.

Mary le contemplaba horrorizada, teniendo el presentimiento de que iba a envolverla con su frío abrazo la desgracia.

¡Aquel hombre... aquel viejo... borracho... medio idiotizado!...

—¿No entiendes el faro?—le dijo—. Es de noche ya...

—Ahora, mujer, ahora... Sé mejor mi obligación que tú... No faltaba más.

Y apenas sin tenerse en pie, subió para encender la luz.

Jaime había llegado a la playa. Estaba sediento de inexplicables venganzas, de celos absurdos...

¡Ah, si encontrara a aquel Alfredo al que creía culpable del malestar que Mary experimentaba!

Le pegaría, le castigaría rudamente... lucharía contra él hasta darle su merecido.

Vagaba errante por la playa, casi desierta a aquella hora lluviosa. Sus ojos inquietos no pudieron ver a Alfredo, pero éste, en cambio, descubrió a Jaime y una extraña alegría fluyó en su corazón.

La mujer de aquel imbécil le había gustado siempre... pero ahora la adoraba más viendo que otro hombre había logrado hacerse dueño de sus gracias.

Una bárbara idea surgió en su imaginación...

Dicho y hecho. No vaciló un momento más. Procurando no ser visto por Jaime, que andaba sin rumbo por la playa mirando los puestos casi desiertos de la feria, se dirigió al cercano puerto y contratando los servicios de un barquero se hizo conducir al faro. Pero antes, al ver la barca de Jaime, hizo un agujero en su proa, inutilizándola.

Aprovecharía la oportunidad de que Jaime estaba ausente de la torre para sorprender a solas a la mujer... y tomar por la fuerza si era preciso lo que de buen grado nunca había podido conseguir...

Entretanto, en el faro, ocurrían cosas graves.

El padre de Jaime en un ataque agresivo de alcoholismo había roto a patadas el mecanismo

que hacía funcionar automáticamente el faro y éste permanecía apagado a pesar de que la más negra oscuridad se extendía ya sobre la tierra.

Después, sin querer atender las razones de Mary que le hablaba horrorizada, metióse en su cuarto, cerró por dentro y se echó a dormir pesadamente.

No podía más. Su cabeza pesaba; sus piernas se negaban a sostenerle. En aquel cuerpo decrepito, el abuso immoderado de todo un puto y de dos botellas de vino habían roto su consciente voluntad.

—¡Pero... el faro... el faro...!—gritaba Mary llamando a la puerta de su suegro.

El borracho no respondía, oyéndose únicamente sus ronquidos.

—¡El faro!—repetía ella, como un lamento.

En su corazón surgía un nuevo sentimiento, una más grande inquietud. Ya no pensaba en lo que podía suceder allá en tierra firme, sino en el faro, sin luz, en el faro que era el guía de los navegantes...

Estaba apagado... y ésto significaba la pérdida del empleo de Jaime, una inmensa responsabilidad, tal vez una condena.

¡Oh, gran Dios!

Por fortuna, Mary, espíritu observador, había aprendido en el mes que llevaba en el faro, cómo se encendía ese gran proyector luminoso.

Subió a la torrecilla y lo encendió. Pero topóse con la dificultad de que la luz estaba inmóvil.

El padre de Jaime, en un acceso de inconsciencia, había roto el mecanismo.

¿Qué hacer? ¿Cómo volver de cara al mar, este gran ojo encendido que ahora proyectaba únicamente su haz blanco sobre la parte de tierra?

Mary era una mujercita fuerte; verdadera esposa del hombre acostumbrado a luchar con los elementos, y no se arredró.

Movería con sus propios brazos el faro. Bajó al subterráneo y revistiéndose de valor hizo ella misma funcionar la gran rueda que hacía mover y girar la lámpara.

Era como un animal condenado al suplicio de la noria; pero no importaba. La luz iba girando lentamente y de nuevo sobre el mar proyectaba sus rayos salvadores.

Pasó una media hora, y Mary, aunque rendida por la fatiga, siguió rodando. Caían gotas de sudor por todo su rostro. Su cuerpo flaco y juvenil parecía tener que quebrarse bajo el impulso realizado.

Pero el faro de la Esperanza brillaba, y esto era lo principal. Y entretanto, el torrero, el viejo borracho, dormía su embriaguez, sin saber que era una pobre mujercita la que velaba por su honor que miserablemente acababa de abandonar.

Pasaron varias horas...

Se sintió de pronto cogida por unos brazos que la acariciaban con ternura.

—¡Jaime!—suspiró dulcemente—. ¡Jaime!... He estado rezando para que tú regresaras sano y salvo.

—¡Soy yo, Mary!—contestó una voz de timbre conocido, pero que no era la de Jaime.

Volvióse ella rápidamente y contempló con espanto a Alfredo.

—¡Tú, aquí!—dijo abandonando la rueda—. ¡Oh! ¿A qué has venido?

El ex empresario de Mary se echó a reír.

—Vi a tu marido en tierra... vagando como en un sueño... y vine aquí por ti.

—¡Márchate inmediatamente!... ¡Este lugar no es el tuyo!... ¡Sal!

—¿Marcharme? ¿Te crees que he atravesado el mar con el tiempo que hace, para que me marche a poco de haber llegado?... ¡No! Estamos solos y...

—Oh, calla! Mi suegro está durmiendo...

—¡Valiente bandido! Mientras él duerme... tú matándote trabajando, ¿no?

—Es que... no se encuentra bien y yo...

Quiso volver a estrujarla entre sus brazos, pero ella dando un grito, escapó de allí subiendo por la escalerilla de caracol hasta la torrecilla.

—¡Mary!...

—Detrás de ella, subió aquel hombre a quien el amor sensual daba una energía violenta.

Acordóse Mary de que arriba, en un cajón, había un revólver que Jaime guardaba, y empuñándolo lo encañonó contra su perseguidor.

Contenido en sus ímpetus, Alfredo bajó de nuevo la escalera y quedó en un rincón del subterráneo.

—¡Si das un paso, te mato!—rugió ella,

Y siempre con el arma en la mano, volvió a su labor de bestia de carga, a hacer rodar la gran noria y a mover con su enérgico esfuerzo la luz del faro.

Aquel era un esfuerzo trágico. Movía la rueda con uno de los brazos, mientras con el otro apuntaba a Alfredo. Y éste, junto a la pared, sentía que su anterior violencia iba desapareciendo ante aquel trabajo rudo, impropio de una mujer.

Y cruzado de brazos aguardó mientras ella rodaba, vacilando entre afrontar la muerte lanzándose contra Mary buscando el amor en sus labios, y permanecer sin molestarla.

Fué a avanzar unos pasos, pero, de nuevo, Mary le detuvo.

—¡Atrás!

—Mary... yo te quiero y...

—¡No... nunca!...

—Es que Jaime no te ama... Te ha abandonado... No volverá más... Tú no le amas... Estoy seguro de que no le amas.

—Pues le quiero. ¡jea! le quiero... Deseo serle fiel hasta morir...

—¡Te amas! ¡Ah, el maldito! ¡Debe ser verdad cuando estás aquí sufriendo por él!... Y mien-

tras Jaime vaga errante por tierra, tú trabajas, trabajas...

Fíjose de pronto en el mecanismo destrozado del aparato.

—Pero este faro es automático. ¿Quién rompió eso?

—Alfredo, sé razonable y comprende mi situación... El padre de Jaime es un pobre viejo que hoy ha bebido demasiado... y sin saber lo que se hacía, ha roto la maquinaria... Y yo tengo que realizar este esfuerzo para que la luz siga girando.

Y seguía dando vueltas como los esclavos de la antigüedad, uncidos eternamente a una noria.

Alfredo no era malo en el fondo de su alma. Ante la firme actitud de aquella mujer, vaciló su brutalidad anterior.

—¿Y estás aquí—exclamó—haciendo girar esa luz... porque le amas?

—Si un barco encallase sería su desgracia... Esta luz es la mía... y su vida es la mía...

—¿Eres una santa!—murmuró.

Y ya no se atrevió a arrojarle contra ella, permaneciendo apoyado en un rincón del muro viendo cómo aquella mujer seguía girando, girando, durante varias horas, sosteniendo aún el revólver

con una mano, gloriosa heroína del sacrificio.

De pronto, Mary no pudo más... Sus fuerzas se debilitaron... Cayó a tierra...

Su energía había llegado al límite...

Alfredo, en cuya alma se había operado un extraño cambio, viniendo la piedad a sustituir al antiguo deseo de pecada, cogió en brazos como una pluma a Mary y la depositó sobre un diván...

La joven estaba casi desvanecida...

Alfredo, compasivo, se sacó la americana y envolvió con ella el cuerpecito tembloroso de la joven.

Por suerte amanecía... y no era preciso ya que la luz esparciese sus haces sobre el mar.

Las fuerzas de Mary habían llegado hasta el momento preciso... La noche descendía su manto y por el cielo comenzaban a aparecer los primeros celajes de la aurora.

Y aquel hombre que había ido al faro para hacer suyo aquel amado cuerpo, ahora lo contemplaba y sólo estaba enamorado de su alma... Tanta virtud había conmovido todas las fibras de la suya.



Toda la noche había estado vagando Jaime por la playa. En vano buscó a Alfredo para pedirle explicaciones, provocarle e infligirle un castigo.

Al no hallarle, pareció que se amortiguaban sus propósitos de vengador. Y a medida que pasaban las horas, fué calmando su inquietud y consideró que sus celos eran infundados.

¡Pobre Mary! ¡Cuán mal la había tratado! Recordó que sólo había recibido de aquella mujer muestras de cariño, de afecto, de verdadero amor...

¿Por qué dar importancia a aquellas palabras que ella había pronunciado disgustada por la brusquedad de su suegro? Estaba convencido de que Mary sólo sentía amor por él.

Se arrepintió de haberse marchado... ¡Qué nochecita habría pasado la pobre mujer!...

Si casi clareaba... si pronto se iban a apagar las últimas estrellas...

Si pudiera comprarle otro pato para hacerle olvidar el estúpido y desgraciado incidente del "Reginaldo"...

Por fortuna, estaba todavía abierta la tienda del tira al blanco. Se acercó a ella y, sin querer probar fortuna, compró uno de los patos. Contento con aquella adquisición, se dirigió al muelle.

Al subir a su lancha, se dió cuenta, sorprendido, de que alguien había hecho un agujero en la barca.

¿Quién había podido ser aquel miserable? De nuevo dolorosos pensamientos surgieron en su imaginación.

¡Maldito el que se había entretenido en estropearle la barca! ¡Ah, si diera con él!

Viendo otro bote cercano, acercóse al remero y le dijo:

—Alguien le hizo un agujero a mi lancha y no puedo salir con ella. ¿Quieres llevarme al faro?

—No, señor... y si no fuese nuevo en estas aguas, no hubiera llevado al último que llevé... Valiente temporal he pasado...

—¿A quién has llevado? ¿Dejaste a alguien allí?—exclamó, súbitamente celoso.

—Ya lo creo que lo dejé... No sé quién es... pero no quiso de ningún modo que le esperase.

—¡Ea... toma diez dólares!—gritó, loco de rabia y presintiendo algo terrible—. Llévame volando al faro.

—Pero...

—¡Pronto!... ¡No vaciles!

El remero no se hizo repetir la orden y momentos después emprendían la marcha hacia el faro.

—¡Corre... corre... más de prisa!—rugía Jaime.

Flotaban en su cerebro terribles presentimientos... ¡El! ¡Un hombre! No dudó que se trataba de Alfredo...

Cubrióse las manos con desesperación con un ansia terrible de matar, de castigar...

¡Oh! ¿Qué pasaba en el faro?

Le había visto brillar durante toda la noche, pero ahora se hallaba ya apagado antes que de costumbre.

—¡Vuela... barquero... más... más!—rugía.

Y las olas les salpicaban y los rostros de aquellos dos hombres tenían la ruda expresión de la tragedia.

El barquero temblaba.

¿Por qué hablaba solo su compañero? ¿Qué decía? Le daban miedo sus ojos; casi se arrepentía de conducirlo.

Por fin llegaron al faro.

Jaime saltó rápidamente y abriendo de un puntapié la puerta, entró.

Vió a Mary sentada en un diván con una expresión de abatimiento y de tristeza. Y junto a ella, en mangas de camisa, a Alfredo, el miserable empresario.

Ella lanzó un grito al verle; Alfredo se levantó, pálido de terror.

—¡Lo esperaba! ¡Ah, bandidos!—rugió Jaime avanzando hacia el antiguo empresario de su esposa.

—¡Jaime... Jaime!—dijo Mary.

—¡No quiero oírte!... ¡Fugado... traicionado!...

No le cabía duda de que Alfredo había pasado allí la noche con su mujer, y esto le hacía soñar con la muerte.

—Oye, ya...—exclamó Alfredo.

—¡Lárgate de aquí... y llévate esta mujerzuela contigo!—gritó Jaime a tiempo que su puño se descargaba violentamente contra el supuesto seductor.

Alfredo cayó a tierra sin sentirse con ánimos para repeler la agresión.

—¡Jaime... Jaime!—suplicaba la desdichada

esposa—. Déjame hablar... No es lo que tú supones.

Levantóse Alfredo y gritó con un ansia de que aquella pobre mujer, cuyo sacrificio él había podido ver con sus propios ojos, no fuera víctima de una atroz injusticia:

—Escúchame un momento... Creíste a Mary infiel y la abandonaste. Yo te vi en la playa... y vine a cerciorarme de si te habías cansado de ella.

—¡Canalla!

—...y hallé a tu Mary trabajando para ti... haciendo lo que tú debías hacer...

—¿Qué?...

—Haciendo funcionar la luz que el borracho de tu padre descompuso... Y yo... sí, soy un canalla, quise lanzarme contra Mary... y ella, mientras hacía girar la luz, me mantuvo a raya con un revólver hasta que cayó exhausta... ¡Te lo juro, Jaime! No sé qué sentí en el corazón... me acusé de haber obrado mal... y desde aquel momento... he velado a su lado... la he cubierto con mi americana... esperando que tú vinieras para explicarte toda la verdad... Nada pasó entre los dos... y de aquí en adelante, yo te juro que no la volveré a molestar...

Jaime ya no le oía... Miraba ahora a su esposa y el mecanismo de la luz destrozado y volvía a contemplar a su mujer y veía en su rostro las huellas del sufrimiento y de la fatiga.

—Mary... exclamó de repente, cayendo a sus pies—. ¡Pobrecita mía! ¡Y yo dudé de ti!...

Ella, sin decirle nada, le abrazó... No podía hablar... Temblaba...

Alfredo, silenciosamente, viendo cómo Jaime acariciaba a su mujer, se alejó de allí, subiendo a la barca que había conducido al torrero.

Nunca más volvería a importunarles... Mary era una cosa sagrada.

Y Jaime, entretanto, besaba los ojos y la boquita de la desgraciada.

—¡Te he hecho sufrir mucha, niña mía! Pero creo en ti... creo en ti como en Dios Nuestro Señor...

Una luz de alegría flotó entre el llanto de ella.

—¡Jaime... soy feliz oyéndote!... ¡Si vieras lo que he sufrido esta noche por ti!

—¡Alma mía... y yo te dejé abandonada... ¡Ah, ese miserable Alfredo! ¡Ha marchado? Quiero castigarle... pegarle más.

—¡Déjale!... Cuando me vió desvanecida, se apiadó de mí... y nada usó contra mi honra...

Nunca ha de volver... Y si volviera, ¿quién podrá separarnos, amor mío, si nada, nada, nos hará reñir?...

—¡Es verdad, Mary!... Pero—dijo de repente—¿y mi padre? ¡Ah, si no fuera mi padre!



—*Te he hecho sufrir mucho, niña mía!*

¿Dónde está, dónde?

—¡Déjale también! Duermes... "Reginaldo" y el vino le han sentado hoy mal. No le culpes... El pobre es viejo y te quiere. Sólo desea que acabe por amarme a mí también...

—Si a ti no te amase, sería capaz de reñir con él.

—No, niño mío, eso no...

Y se fundieron en un largo y apasionado beso.

Horas después, el padre despertaba de su embriaguez. Y al ver lo que había hecho y a lo que expuso a todos con su conducta, entrojé como un chiquillo y llorando en brazos de su hijo, le juró no volver a beber más.

—Necesito otro juramento—le dijo Jaime con severidad—. ¡Que has de querer a Mary!

—¡Pobre niña! He sido injusta con ella... Sí... sí... en adelante... quiero tener dos hijas en vez de uno.

Y abrazó a su muera y prometió en penitencia de cuanto había hecho, cuidar y atender solici-

tamente aquel segundo pato que había comprado Jaime para recreo de Mary... Y aseguró que el animalito no moriría de otra cosa que de muerte natural...

FIN

UNA PUBLICACIÓN

de novelas modernas hacia falta,
y este hueco lo ha llenado

La Novela del Chofer

publicación semanal

Números publicados:

La amiguilla del chofer
Por qué se mató mi novia
Mi aventura de París
En la parada del "Palace"
Memorias de un "Taxis"
contadas por él mismo
La caprichosa
El chulo
La "panne"
La honra de una mujer
Una mujer muy de hoy
Dos chicas "bien"
El placer de ser honrada
Un atropello fatal

Precio:
30 cts.

Formidable éxito

DE

La Novela de la Modistilla

Publicación semanal
de asuntos sentimentales

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!

por F. M. Bistagne y A. Boyán

El despertador

por José Reygadas

La Reina de las Modistillas

por M. de Alba

El amor que no engaña

por Francisco-María Bistagne

La modistilla madrileña

por Abel Mallas

¡Adiós, juventud! (El primer amor)

por Francisco-María Bistagne

La modistilla catalana

por José Reygadas

Cuando se ama...

Novela de M. de Alba

La modista de Montemar

Novela de Regina Orlsso



Precio: 30 cts.

Muy en breve

en las selectas Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

la deliciosa novela



EL DESPERTAR

Interpretada por la bellísima

Vilma Banky



Las mejores novelas de cine:



La Novela Semanal Cinematográfica
La Novela Americana Cinematográfica
Los Grandes Films de La Novela Semanal
Cinematográfica
y las selectas
**Ediciones Especiales de La Novela
Semanal Cinematográfica**

¡Siempre los mejores asuntos!



EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.**



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1



E. B.